

“Sobre la lectura” Estanislao Zuleta

Fotocopioteca es una colección de textos y traducciones recomendados y reseñados por artistas, curadores e investigadores invitados. Es a su vez un sistema de circulación que utiliza la fotocopia como medio. Periódicamente lugar a dudas edita y distribuye un grupo, con el ánimo de conformar un cuerpo de lectura público de fácil acceso.

Sobre la lectura fue el primer texto que leí de Estanislao Zuleta. Lo leí sin tener mayores referencias sobre él ni sobre sus otros textos; lo leí sin compartir ningún tipo de código común (ni siquiera Nietzsche, ni siquiera Freud o Marx –tan sólo me conformaba con algo de Kafka–). Sin embargo, me pareció sospechoso que en ciertos casos, el texto desaprobaba en su forma aquello que enunciaba en sus contenidos. Por otro lado, presiento que el hecho de apelar a terceros para darle lugar a sentencias casi irremediables, es precisamente lo que le permite tantas paráfrasis, tanto abrir y cerrar comillas, tanto citar lecturas remotas, tantas luchas. A la final, la lucha cede ante la paradoja y se vuelve un guiño que yo, como buena aspirante a lectora, asumo como un incentivo para trabajar el texto mientras leo como el propio texto me va diciendo que debo trabajarlo.

Juana Anzellini



‘Arts Collaboratory es un programa de la Fundación Hivos y DOEN para iniciativas lideradas por artistas visuales en Asia, Africa y América Latina, y para el intercambio con organizaciones de artes visuales en Holanda en cooperación con la Fundación Mondriaan.’

Coordinación Fotocopioteca: Mónica Restrepo / Diseño: David Álvarez

lugar a dudas / Calle 15nte # 8n - 41 / Tel: 668 2335 / lugaradudas@lugaradudas.org / www.lugaradudas.org / Cali - Colombia

Juana Anzellini

Tengo veinticuatro años. Me gradué como “artista” en una universidad. Desde hace un año trabajo en la editorial LAGUNA LIBROS* en Bogotá. Además, pinto, dibujo y cuando se puede, escribo*. El último libro que terminé se llama “La conjura de los necios” de John Kennedy Toole, el último disco que compré fue “Las

variaciones Goldberg” / interpretado por Glenn Gould y la última película fue “La Antena” de Esteban Sapir.

*encuentre una participación de Juana en Happy Days una publicación editada por Juan Mejía , Ed. Uniandes, 2009. También los libros y publicaciones periódicas de Laguna Libros en el centro de documentación de Lugar a Dudas.

Bibliografía

ZULETA, Estanislao, Elogio de la dificultad, Hombre Nuevo Editores (Novena edición), Medellín, 2005.

Sobre la lectura¹

Estanislao Zuleta

I

Acaso ningún escritor haya hecho tan conscientemente como Nietzsche de su estilo un arte de provocar la buena lectura; una más abierta invitación a descifrar y obligación de interpretar; una más brillante capacidad de arrastrar por el ritmo de la frase y, al mismo tiempo, de frenar por el asombro del contenido. Hay que considerar el humorismo con que esta escritura descarta como de pasada lo más firme y antiguamente establecido y se detiene corrosiva e implacable en el detalle desapercibido; hay que aprender a escuchar la factura musical de este pensamiento, la manera alusiva y enigmática de anunciar un tema que sólo encontrará meas adelante toda su amplitud y la necesidad de sus conexiones. Este estilo es la otra cara de un nítido concepto de la lectura que, a medida que se hace más exigente y más minucioso, libera la escritura de toda preocupación efectista o periodística o de toda aspiración al gran público. De esta manera abre el espacio en que pueden consignarse las palabras de Zarathustra y elaborarse la extraordinaria serie de obras que lo continúan, comentan y afirman.

Nietzsche es particularmente explícito sobre este punto al final del prólogo a la *Genealogía de la moral* (1887) o al final del prefacio a *Aurora* (1886): “No escribir de otra cosa más que de aquello que podría desesperar a los hombres que se apresuran”. No se trata aquí sin embargo, como podrían hacer pensar este y muchos otros textos, de una crítica al “afán del hombre moderno” que quiere informarse lo más rápidamente posible, al que se debería oponer una lectura lenta, cuidadosa y “rumiante”. Al poner el acento sobre la “interpretación”, Nietzsche rechaza toda concepción naturalista o instrumentalista de la lectura: leer no es recibir, consumir, adquirir. Leer es trabajar. Lo que tenemos ante nosotros no es un mensaje en el que el autor nos informa, por medio de palabras sobre sus experiencias, sentimientos, pensamientos o conocimientos sobre el mundo, para que nosotros provistos de un código que poseemos en

¹ Este texto apareció publicado inicialmente en la revista *Discusión* N.2 de julio – septiembre de 1974. Ha circulado profusamente en las universidades.

común con él, procuremos averiguar “lo que nos quiso decir”.

Que leer es trabajar quiere decir ante todo que no existe un código común al que hayan sido “traducidas” las significaciones que luego vamos a descifrar. El texto produce su propio código por las relaciones que establece entre sus signos; genera, por decirlo así, un lenguaje interior, en relación de afinidad, contradicción y diferencias con otros “lenguajes”. El trabajo consiste entonces en determinar el valor que el texto asigna a cada uno de sus términos, valor que puede estar en contradicción abierta con el que posee un mismo término en otros textos.

Podemos tomar varios ejemplos sencillos, en los que podemos observar la contradicción que puede existir entre la significación de un término en un discurso filosófico o literario con el valor que tiene en el texto de una ideología dominante.

Platón en el *Teeteto*, o de la ciencia incluye en el concepto de “esclavos” a los reyes, los jueces y en general a todos los que no pueden respetar el tiempo propio que requiere el desarrollo del pensamiento, porque están obligados a decidir o concluir en un plazo determinado que los excluye de una relación con la verdad, la cual tiene sus propios ciclos, sus caminos y sus rodeos, sus ritmos y su tiempo, que ninguna circunstancia y ningún poder pueden determinar de antemano.

Nietzsche llama “voluntad de dominio” a una fuerza unificadora, perfectamente impersonal, que confiere una nueva ordenación y una nueva interpretación a elementos que estaban hasta entonces determinados por otra dominación. Esta noción es por lo tanto, no sólo ajena a la significación que le asigna la ideología dominante, sino directamente opuesta, ya que en esta última “voluntad de dominio” se entiende como el deseo de dominar, superar, oprimir a otros, someterlos a los valores y las jerarquías existentes².

Si no hacemos el esfuerzo por definir qué significa para Kafka el alimento, y asumimos su significado en la acepción común, nunca podremos entender *La metamorfosis*, las *Investigaciones de un perro* o *El artista del hambre*. “Alimento” significa para Kafka motivos para vivir, y en tal sentido la falta de apetito es la pérdida del sentido de la vida y la carencia de incentivos para la lucha. Sólo así se va esclareciendo el sentido de sus textos, porque al comienzo no tenemos un código común. Este es

² Ver Nietzsche, F. *Genealogía de la moral*, II, 12.

problema de toda lectura seria.

Traemos a cuento estos ejemplos sólo para indicar que toda lectura “objetiva”, “neutral” o inocente es en realidad una interpretación, que conlleva de por sí una dislocación de las relaciones internas de un texto, resultado de la traducción del significado de sus términos a la interpretación previa de una ideología dominante.

Pero no vaya a creerse que el trabajo a que nos referimos aquí consiste en restablecer el “pensamiento auténtico” del autor, “lo que en realidad quiso decir”. El así llamado “autor” no es ningún propietario del sentido de “su” texto. Este sentido es un efecto incontrolable de su economía interna y de sus relaciones con otros textos; el autor puede ignorarlo por completo, puede verse asombrado por él y de hecho se le escapa siempre en algún grado. Escritura es aventura; el “sentido” es múltiple, irrecuperable, inapropiable, irreductible a un querer decir.

Lo anterior es suficiente para disipar la ilusión humanista, pedagógica, opresoramente generosa de una escritura que regala a un “lector-ocioso” (Nietzsche) un saber que no posee y que va a adquirir.

II

Estas observaciones pueden servir de introducción a un tema central de una teoría de la lectura, en la que dejaremos una vez más la palabra de Nietzsche, para estudiar dos proposiciones aparentemente contradictorias que son formuladas con todo el radicalismo deseable en *Ecce Homo*:

- α) En última instancia nadie puede escuchar en las cosas, incluidos los libros, más de lo que ya sabe. Se carece de oídos para escuchar aquello a lo cual no se tiene acceso desde la vivencia. Imaginémoslo el caso extremo de un libro que no hable más que de vivencias que, en su totalidad, se encuentran más allá de la posibilidad de una experiencia frecuente o, también, poco frecuente, de que sea el primer lenguaje para expresar una serie de nuevas experiencias. En este caso sencillamente no se oye nada, lo cual produce la ilusión acústica de creer que donde no se oye nada no hay tampoco nada³.

³ Nietzsche, F., *Ecce Homo*, Alianza Editorial, El libro de Bolsillo, Madrid, 1976, pág. 57.

- β) Cuando me represento la imagen de un lector perfecto, siempre resulta un monstruo de valor y curiosidad, y, además, una cosa dúctil, astuta, cauta, un aventurero y un descubridor nato. Por fin: mejor que lo que he dicho en el *Zarathustra* no sabría yo decir para quien únicamente hablo en el fondo; ¿a quién únicamente quiere él contar su enigma? A vosotros los audaces, buscadores e indagadores, y a quien quiera que alguna vez se haya lanzado con astutas vela a mares terribles; -a vosotros los ebrios de enigmas, que gozáis con la luz del crepúsculo, cuyas almas son atraídas con flautas a todos los abismos laberínticos; -pues no queréis, con mano cobarde, seguir a tientas un hilo y que allí donde podéis adivinar, odiáis el *deducir*⁴.

¿Cómo mantener asidos los dos extremos de esta cadena contradictoria en la que se nos propone que no se lee sino lo que ya se sabe y que para leer es preciso ser un aventurero y un descubridor nato?

La primera cita parece amargamente pesimista, la segunda es terriblemente exigente. Considerémoslas de cerca. En el primer caso Nietzsche identifica el “ya se sabe” con “aquello a lo cual se tiene acceso desde la vivencia”. Declara muda, inaudible, invisible, toda palabra en la que no podamos leer algo que ya sabíamos; ilegible es todo lenguaje que no sea el lenguaje de nuestro problema. Sólo es posible leer y oír cuando nuestros problemas, conflictos y perspectivas han llegado a configurarse como preguntas y sospechas, susceptibles de encontrar en un lenguaje su expresión, desarrollo y respuesta. Recordemos aquí la extraordinaria tensión que se produce al final de la segunda parte del *Zarathustra*, en el capítulo titulado “La más silenciosa de todas las horas”, principalmente en el pasaje en que Zarathustra está lleno de terror:

“Entonces algo me habló sin voz: ¿Lo sabes, Zarathustra?”⁵

Y, en efecto Nietzsche despliega en estas páginas de transición entre la segunda y la tercera parte del *Zarathustra*, todas las sutilezas de su arte para indicar que la mayor dificultad consiste en decir lo que ya se sabe, en reconocer lo que secretamente se conoce. Esta dificultad se configura como un abismo aterrador precisamente porque se relaciona con algo que ya se conoce: si no se conociera sería una palabra

⁴ *Ídem*, págs. 60-61. Todos los subrayados son de Nietzsche. Las últimas frases corresponden a la transcripción que el propio Nietzsche hace del *Zarathustra*. Ver el capítulo “De la visión y del enigma”, Alianza Editorial, Libro de Bolsillo, página 223.

⁵ *Opus cit*, páginas 212-215.

vacía; pero si se reconoce, nos desgarran y confronta. Así se construye el vínculo entre los extremos contradictorios de la cadena, “lo que ya se sabe”, y la exigencia de valor, de audacia y de riesgo para llegar a ser un descubridor.

Nietzsche reclama un lector que no sea solamente cuidadoso, “rumiante”, capaz de interpretar, sino también capaz de permitir que el texto lo afecte en su ser mismo, le hable de aquello que pugna por hacerse reconocer aún en riesgo de transformarlo; un lector que si bien teme morir y nacer en la lectura, se deja encantar por el gusto de esa aventura y de ese peligro.

III

Así como teniendo buena o mala vista hay que mirar desde alguna parte, así mismo hay que leer desde alguna parte, desde alguna perspectiva, que no es otra cosa que una pregunta abierta, una pregunta aún no contestada, que trabaja en nosotros y sobre la cual nosotros trabajamos con una lectura. Una pregunta abierta es una búsqueda en marcha que tiene un efecto específico sobre la lectura. Sólo se sabe escribir para escritores y sólo el que escribe, realmente lee.

Poseemos una magnífica, una redentora capacidad de olvidar todo lo que no podemos convertir en un instrumento de nuestro trabajo. Y como ése trabajo es en realidad un proceso que sigue vías múltiples, senderos tortuosos, y toma a menudo por atajos inesperados, solemos recoger materiales en los lugares más imprevistos.

Cualquiera que tenga una experiencia de lectura (y con mayor razón si es “adicto”⁶) o que acostumbre tomar al azar, en un rato de ocio, el primer libro que encuentra a la mano, habrá notado sin duda, con cierto asombro, con cuánta frecuencia encuentra, allí donde quería olvidarse un rato de sus preocupaciones, que el libro le habla precisamente del problema que en ese momento lo estaba trabajando. No hay aquí sin embargo nada de extraño, ni es necesario negar el azar de la escogencia apelando como explicación a una premeditación inconsciente: la selección es hecha por el problema mismo que, durante la lectura, busca sus conceptos, sus conexiones, recibe

y captura todo lo que pueda servir para llenar sus lagunas o las discontinuidades entre los puntos que parecían esclarecidos, y desecha todo lo que no puede recuperar. Es el problema mismo el que lee, aquel precisamente del que queríamos descansar un poco con la lectura, pero que sin embargo seguía trabajando oscuramente como un topo.

Hay que tomar por lo tanto en su sentido más fuerte la tesis de que es necesario leer a la luz de un problema. Un problema es una sospecha y una esperanza. La sospecha de que existe una unidad y una articulación necesaria allí donde sólo vemos algunos elementos dispersos, que sólo podemos entender parcialmente; que se nos escapan pero que insisten como una herida abierta. Y la esperanza de que si logramos establecer esa articulación necesariamente quedará explicado algo que no lo estaba; quedará removido algo que impedía el proceso de nuestro pensamiento y funcionaba por lo tanto como un nudo en nuestra vida; quedará roto un lazo de aquellos que nos atan obligándonos a emplear toda nuestra energía, nuestra agresividad y nuestra libido, en lo que Freud llamaba una “guerra civil” sin esperanzas.

El trabajo de la sospecha consiste en someter todos los elementos a una elaboración y a una crítica, que permita superar el poder de la fuerza (represión, ideología dominante, racionalización, etc.) que los mantiene dispersos, yuxtapuestos o falsamente conectados.

Leer a la luz de un problema es pues leer en un campo de batalla, abierto por una escritura y por una investigación.

IV

Por lo demás no cabe duda de que esta batalla no tiene lugar principalmente en el escenario de la conciencia. Basta leer *El hombre de los lobos* o *La organización genital infantil* de Freud para saber que ya los cuentos de hadas y las explicaciones sobre el nacimiento y la diferencia de los sexos son leídos, interpretados, criticados, capturados y desechados a partir del drama que Freud no vacila en calificar de “investigación originaria”.

Pero, inconscientemente o no, la lectura es siempre el sometimiento de un texto (que por sus condiciones de producción y por sus efectos, escapa a

la propiedad de cualquier “autor”), a una elaboración. La lectura es parte de un proceso que en ningún caso puede ser pensado como consumo. Puede ser el encuentro con un lenguaje en que se reconoce una indagación o que es neutralizado por la traducción a la ideología dominante, pero no puede ser la apropiación de un saber en el sentido del consumo. Este es el punto al que hay que llegar para romper la conciencia y la práctica de la lectura en la ideología burguesa.

También aquí el capital tiene su propia concepción. La lectura no puede ser sino una de las dos cosas en las que el capital divide el ámbito de las actividades humanas: producción o consumo. Como consumo es gasto, diversión, “recreación”; se presenta como el disfrute de un valor de uso y el ejercicio de un “derecho”. Como producción es trabajo, deber, empleo útil del tiempo, actividad por medio de la cual alguien se vuelve propietario de un saber, de una cantidad de información o, en términos algo pasados de moda, “adquiere una cultura”. Este es el período del ahorro, de la capitalización.

En el primer momento se trata, como demostró Marx con respecto a todo “consumo final”, de la reproducción de las clases, de la reproducción ideológica, de la inculcación de los “valores”, las opiniones y las cegueras que necesita para “funcionar” una ideología.

En el segundo momento se procede por una división del trabajo mucho más precisa puesto que la lectura no es ya un consumo final, sino el medio para la formación de los funcionarios de la repetición, de la reproducción ideológica, así se trate de una reproducción ampliada que no se limite a transmitir los conocimientos adquiridos sino a desarrollarlos, ampliarlos.

Pero sea que se la tome como ahorro o como gasto, la lectura queda siempre como recepción.

V

Ahora bien, si la lectura no es recepción, es necesariamente interpretación. Volvamos pues a la interpretación.

De cualquier clase que sea (psicoanalítica, lingüística, marxista, etc.) la interpretación no es la simple aplicación de un saber o de un conjunto de conocimientos a un texto, de tal manera que permita encontrar detrás de su desconexión aparente, la ley

interna de su producción. Ante todo porque ningún saber es el resultado de la posición de un sujeto neutral, sino la sistematización progresiva de una lucha contra una fuerza específica de dominación: contra la explotación de clases y sus efectos en la conciencia; contra las ilusiones teológicas, teleológicas o subjetivistas sedimentadas en la gramática y en la conciencia ingenua del lenguaje. Nadie ha llegado a conocer el marxismo, si no lo ha leído en una lucha contra la explotación; ni el psicoanálisis si no lo ha leído y sufrido desde un debate con sus problemas inconcidentes. La meditación de Derrida sobre el desarrollo de la lingüística muestra que nadie puede llegar a ser lingüista al margen de una lucha contra la teología implícita en nuestro lenguaje y en las formas clásicas de pensarlo.

⁶ Algunos psicoanalistas, Fenichel por ejemplo, hablan de adicción a la lectura en sus estudios sobre drogadictos.